

—¡Ni sí señora ni nada, escritorzuelo de tres al cuarto! A los niños hay que decirles siempre la verdad. Se tiene que escribir la verdad. ¡La realidad! ¡Solo la realidad! ¡Y olvidarse de todas esas bobadas fantásticas que no hacen más que perjudicarlos y llenarles la cabeza de embustes y tonterías!

Y diciendo eso arrancó un trozo de la realidad que en aquel momento pasaba por la calle y me la echó encima.

El trozo de realidad era tan grande y pesado que me tiró al suelo y con el golpe me quedé sin resuello.

A la señora no le pareció suficiente y siguió arrancando trozos de realidad y tirándomelos a la cabeza. Me hizo unos cuantos cardenales de consideración.

Cuando se cansó de darme garrotazos —mejor dicho, «realitazos»—, mi cuerpo estaba lleno de magulladuras. Cogí los trozos de realidad que me había tirado y empecé a amasarlos lentamente con las manos.

La mujer se me quedó mirando con los ojos como platos. Por lo visto no se había enterado de

que la realidad que me echaba encima era modelable como la arcilla y que, como a la arcilla, había que humedecerla con un poco de imaginación.

Así pues, amasé aquellos trozos de realidad y los convertí en un unicornio volador y se lo regalé a los chicos de un colegio que en aquel momento pasaban por allí.

Los chicos se fueron más alegres que unas pascuas.

La señora resoplaba como el trombón de la banda municipal. Para consolarla, le pregunté:

—Dígame, señora: ¿es que acaso añora la ñora la señora del señor?

Ella, mirándome de una manera extraña, me contestó:

—No, señor, no añora la ñora la señora del señor.

—¡Ah! —dije—. Entonces no he dicho nada. Me marché. Ella también. Iba murmurando:

—No hay nada que hacer. Estos escritores están locos, locos, locos, esos escritores.

te, fuesen seres vivos con capacidad para procrear, se podrían obtener obras extraordinarias mediante los cruces. ¿Te imaginas qué libro podría salir de *Crimen y castigo* y *El Decamerón*? ¿O cómo podía ser el hijo de *Tirante el Blanco* y *Ulises*? ¿O qué resultado se podrían obtener del emparejamiento de *El Capital* y *La Biblia*...? Me marché al Brasil porque se me ocurrió que si había alguien capaz de sacar adelante aquel «experimento» tan loco sería únicamente en aquellas selvas de América del Sur donde todo es posible. Y lo conseguí. Los resultados de mis ensayos los tienes delante de tus ojos.

Yo estaba tan maravillado que no tenía resuello para abrir la boca. Los libros, efectivamente, estaban vivos. ¡Y eran libros! Se veían perfectamente sus páginas llenas de letras cuando se ponían panza arriba y abrían las tapas igual que el pavo real despliega su cola. El tío había metido la mano dentro de una de las jaulas y, muy delicadamente, había cogido por el lomo a uno de los libros animados.

—Pero he fracasado —me dijo, abriendo con mucha precaución el libro y mostrándome su interior—. Mira.

Intenté leer lo que decía: *Men qr5ka fgkwf d wr q%ffj glk —Olwef qwr qwkfj jawofnh ti g wg'd4 erertjjCf w45iüglv fgwe.*

—Pero esto no es lo peor. Que los libros no se puedan leer no me importa demasiado. Hay muchos de los que se imprimen normalmente que tampoco se pueden leer... Lo que siento es que me han salido unos libros, ¿cómo te lo diría...? ¡Salvajes! ¡Muerden!

Mientras me decía eso volvió a meter el libro en la jaula. En el índice de la mano derecha, dos gotitas de sangre oscilaban lentamente, a punto de caer al suelo.

—Son feroces y carnívoros. Tengo que destruirlos. Se reproducen con una facilidad que empieza a preocuparme muy seriamente. Baja y enciende la chimenea. Lo he pensado mucho durante estos últimos días. ¡No me queda ninguna otra solución que hacer nuestro propio *Fahrenheit 451*!

Bajé y encendí la chimenea.